

Imágenes de Lima y la ciudad de Ricardo Palma

Por Eduardo Arroyo

Sociólogo, poeta, narrador, promotor cultural y periodista. Doctor en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, directivo del Colegio de Sociólogos del Perú y de la Asociación Amigos de Mariátegui. Miembro de la Comunidad Nacional por el Centenario de José María Arguedas.

El siguiente artículo revisa dos visiones sobre Lima a lo largo de su historia, a partir de la mirada de diferentes intelectuales: la imagen narcisista de Lima y su leyenda negra. Paralelamente, compara a estas miradas la interpretación que Ricardo Palma hizo sobre esta ciudad en sus tradiciones.

Palabras clave: Lima, historia, identidad, mestizajes.

Es usual decir que, en torno a Lima, se han configurado dos tipos de imágenes: una a través de la cual la capital peruana se mira en el espejo y cae enamorada de ella misma. La sindicamos como la leyenda narcisista, la que hunde sus raíces en la fundación española de Lima como capital del virreinato del Perú. Pero, desde muy antiguo, existe otra imagen de la capital peruana que la responsabiliza del conjunto de los males nacionales. Se la presenta como la leyenda negra.

¿Qué pensaba Ricardo Palma de estas diferentes versiones de enfocar y sentir a la ciudad? Porque no son solo un modo de leer la ciudad, a la gente, aquello que Bergson llamaba “el alma ciudadana”. Toda ciudad expresa espíritus diferentes definidos por sus elementos constitutivos: plazas, calles, casas, así como parques, alamedas, paseos, jirones, avenidas, pasajes, floresta, pistas, esquinas visitadas por la gente en sus contactos con la ciudad. La complementan sus monumentos, balcones, veredas

y la propia gente que transita por sus espacios principales y secundarios. ¿Cómo sintió Palma estas diferentes sensibilidades en torno a Lima?

Palma no solo amó a esta ciudad sino que toda su obra es sobre diferentes aspectos de ella. Las tradiciones son parte de este afluente creador y prácticamente todo lo que ocurría en la capital peruana es descrito en su obra literaria. Por ello, él anima permanentemente las imágenes que corren por la ciudad.

Palma, indudablemente, conocía estas diferentes visiones de entender a la ciudad. Pero no se casa con ninguna de estas versiones en su tarea de construir y deconstruir la limeñidad. En última instancia, está pendiente del proceso de configuración de la identidad urbana de Lima, proceso que marcha aparejado a la historia, la dinámica de los habitantes y su crecimiento actual.

¿Qué es Lima? ¿Qué es ser limeño? ¿Qué nos une e identifica a los que vivimos en territorio limeño? ¿Cuál es nuestro sentido de pertenencia? ¿Qué somos en última instancia?

Imágenes narcisistas sobre Lima

Mucho tiempo ha transcurrido entre la Lima virreinal y la Lima del presente que es global y popular; andina, criolla, mestiza, chola y eminentemente cosmopolita. “Todas las sangres” y crisol de sangres nacionales, sentenció José María Arguedas en una caracterización del país que bien puede presentarse como testimonio de la ciudad primada del Perú.

La Lima de hoy, con 480 años de fundación hispana como capital del Perú, es una ciudad globalizada y nacional, cosmopolita y popular.

Si antaño, un famoso vate dijera que “El Perú es Lima, Lima el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión el Palais Concert”, estaba descaminado porque en los años 20 y 30 del siglo pasado, la capital peruana, lejos de representar al país, vivía de espaldas a él. Ciudad eternamente adolescente e inmadura a entender de Luis Alberto Sánchez y más cerca de Londres que de sus propias regiones (según Humboldt), poco significaba Lima para el Perú profundo que sufría el desprecio de la “novia del Perú”, a decir de un vals criollo.

Pero hoy, como afirma José Matos Mar y corrobora Rolando Arellano¹, Lima es una ciudad que incluye en sus suelos a multitud de nuevos sectores sociales. Crisol de todas las sangres, integra en sus suelos a ex campesinos que en los años 50 del siglo pasado tomaron los cerros limeños construyendo extensas barriadas mientras sus nietos viven en distritos consolidados.

No son más “las locas ilusiones me sacaron de mi tierra” (vals de Laureano Martínez) de la primera generación de inmigrantes ni “El aguajal”, “El burrito” o “Muchacho provinciano” de la muchachada tropical andina que bailaba liderada por Los Shapis o Chacalón en los años 80 sino que la actual generación chola de limeños combina la música tecno con la cumbia culebrítica y controla múltiples arterias de la dinámica urbana de la capital.

Hemos pasado de “La flor de la canela” y “Viva el Perú y sereno” de los años 50, como de la evocación al río, el puente y la alameda que hiciera Raúl Porras Barrenechea como hitos de identidad limeña a la “resistencia pasiva” de los años 70 a 90, frente a la avalancha andina que hoy cubre el conjunto de la ciudad.

1 Matos Mar José, *Desborde popular y crisis del Estado*. Instituto de Estudios Peruanos, primera edición, noviembre de 1984. Arellano Rolando y Burgos David, *Ciudad de los Reyes, de los Chávez, los Quispe...* Arellano Marketing, segunda edición, Lima-Perú, junio del 2007.

Esta Lima mestiza resuelve las oposiciones que en términos de su identidad complicaban la existencia de la capital peruana, tanto de aquellos que la han endiosado como de aquellos que la han satanizado.

La imagen narcisista incluye aquellas opiniones que la han fetichizado como una supuesta Arcadia Colonial. Esta visión endiosadora de la capital peruana se inicia con las opiniones del cronista Pedro Cieza de León (1535), conocedor de los valles del Nilo, Éufrates, Tigris, Indo, Yang-tsekian, Hoan-Ho que llegara con las huestes peruleras y ante el valle del Rímac quedara deslumbrado². Al respecto dice Cieza:

El Valle de Lima es el mayor y más ancho de todos los que se han escrito de Tumbes a él; y así, como era grande, fue muy poblado... Nace por encima de ella un río a la parte de levante, que en tiempo que en la serranía es verano lleva poca agua, y cuando es invierno va algo grande, y entra en la mar por la del poniente...Esta ciudad, después del Cuzco, es la mayor en todo el reino del Perú y la más principal...muchas viñas y huertas muy frescas y deleitosas, llenas de las frutas naturales, de la tierra, y de higuerales, platanales, granados, cañas dulces, melones, naranjos, limas, cidras, toronjas...es una de las buenas tierras del mundo, pues vemos que en ella no hay hambre, ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos ni relámpagos, ni se oyen truenos, antes siempre está el cielo sereno y muy hermoso...

En su visión se confabulan la belleza del entorno geográfico, la fertilidad de sus suelos como el chauvinismo español que buscaba hacer de esta ciudad la sede de su hegemonía. Lima, desde entonces, es narcisista por razones políticas, geopolíticas,

2 Cieza de León, Pedro, *La Crónica del Perú*. Ediciones Peisa, Lima-Perú, 1973, páginas 176 a 178.

sobretodo en una ciudad que llegó a ser la sede central del poder de España en el continente. Pasa a ser “La Reina de los Mares del Sur” como a inicios de la República será “La Perla del Pacífico”, “Ciudad Jardín”, considerándose como la gran y única realización de la aristocracia que ha dirigido los destinos del país y “Novia del Perú”, a entender del vals criollo de Mario Cavagnaro “Lima de novia”.

La capital del Perú fue fundada transicionalmente en Jauja y luego los españoles decidieron trasladarla a la costa, tal vez urgidos por la necesidad de apurar el comercio y conectarse con España. Pudiendo colocarla en Sangalla (Pisco), en Mala, Cañete, eligieron no el valle de Ichma (Pachacamac) en donde existía el más grande oráculo prehispánico que competía con la hegemonía incaica del Cusco y al que los incas tenían respeto y envidia sino el valle del Rímac, cuya fertilidad hubiera permitido vivir sin trabajar ya que germinaban de modo natural los papayos, los mangos, las lúcumas. Además las Leyes de Indias pedían que para fundar ciudades debería elegirse un terreno plano, de clima parejo, mucho agua, leña y este valle era pródigo en esas características.

Solo la exceptuaban los temblores y los huaycos. Los naturales atribuían los temblores a la rabia de Pachacamac, dios que peleaba con los dioses de la localidad: Cuniraya, Pariacaca, Tutamñanca, por lo que el mundo colonial sacó a las calles al Cristo de Pachacamilla, el Señor de los Temblores, conocido como el Señor de los Milagros, testimonio de la identidad limeña, aún hoy indicador de la identidad limeña del mundo criollo popular.

Los huaycos, hijos del deshielo cordillerano, cruzan la costa en el estiaje, cuando el calor disuelve los hielos de las alturas andinas. El agua baja de las serranías arrasando con todo a su paso. El huayco ha sido desde siempre un fenómeno normal en esta comarca.

Posteriormente, Bernabé Cobo, el gran historiador de Lima³, dirá que esta ciudad era un vergel, una isla de la fantasía. La Arcadia Colonial se consolidaba en el imaginario urbano de los habitantes de la capital. Ni fría como Europa ni calurosa como el África tropical, tenía un clima intermedio. Cobo ha cruzado el río Rímac en balsa, lo que indica que ha habido variaciones en la cuenca y caudal del río, en el que los naturales pescaban y comerciaban camarones gigantes. Al diferente caudal se añade otro grado de pluviosidad que regaba el valle, visión difícil de entender a partir de la realidad de los cerros pelados que hoy rodean a la capital.

Fray Reginaldo de Lizárraga, llegado a Lima hacia 1630, dirá que Lima olía a limoneros y a frutas en flor, a lo que habría que añadir que no todo era fragancia natural ya que las acequias corrían por el centro de las veredas y calles estrechas de tierra y que a falta de basureros, los gallinazos y perros limpiaban la ciudad. Era una aldea pequeña con lo que tiene de pueblo chico e infierno grande. Textualmente dice el fraile Lizárraga: "El valle donde se fundó la Ciudad de los Reyes...uno de los mejores del mundo, muy ancho, abundante, de muchas y muy buenas tierras, todas de riego, pobladas de chacras, como las llamamos en todas partes, que son heredadas donde se da trigo, maíz, cebada, viñas, olivares (a las aceitunas llamamos criollas son las mejores del mundo), camuesas, manzanas, ciruelas, peras, plátanos...membrillos y granadas tantos y tan buenos como los de Zahara, las legumbres, así de nuestra España, como las de acá, en mucha abundancia todo el año"⁴.

3 Cobo Bernabé, *Historia de la fundación de Lima* (1639). Publicado en Lima en 1882 por M. Gonzales de la Rosa.

4 Fray Reginaldo de Lizárraga, "Descripción y Población de Las Indias". Cap. XXI. Extracto en *Pequeña antología de Lima* de Raúl Porras Barrenechea, Lima 1965, página 108.

El citado cronista manifiesta que “los edificios de esta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas, desde fuera no parece ciudad, sino un bosque, por muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas principales tenían sus huertas con naranjos, parras grandes...”⁵.

Cieza de León, Cobo, Lizárraga, Jorge Juan y Antonio de Ulloa han colaborado en construir la imagen narcisista sobre Lima⁶. Lima de inicios de la colonia será comparada con un bosque por las numerosas huertas que la cercaban ya que casi todas las casas tenían sus huertas con árboles frutales y espacio para recreo y diversión.

Además, los cronistas extranjeros difundieron el carácter exótico de una ciudad entre africana, mora, polinésica, asiática y europea, árabe por los toldos de sus tiendas o por los ojos morunos de sus mujeres por las que suspiraban mil y un viajeros que sucumbieron en estas tierras y quemaron sus carabelas para afinar sus reales en esta comarca enamorados de alguna dama limeña. La fama de la mujer capitalina es tan grande como la de la ciudad.

Por algo el poeta nicaragüense Rubén Darío llegó a sostener que Lima significaba la gracia y que Santiago de Chile era la fuerza. Es decir, Lima era femenina por sus misterios y el encanto de sus mujeres mientras que Santiago era macho, duro, más racional.

Lima es hechura geográfica y hechura intencional de los españoles. Gran parte de las imágenes narcisistas de la ciudad proceden de la colonia (calles, calesas, tauromaquia, una Lima

5 Fray Reginaldo de Lizárraga, Op. cit., capítulo I, página 112.

6 Pacheco Vélez César, *Memoria y utopía de la Vieja Lima*. Universidad del Pacífico, primera edición, Lima-Perú, diciembre de 1985.

que existe en los restos de casonas, balcones, en el espíritu, no en la realidad). Su suelo y clima parejo han hecho de la realidad una fantasía como el grado de inversión térmico, que hace que las nubes estén siempre muy bajas negando a los limeños la posibilidad de vislumbrar el horizonte.

Por ello, en general, la nuestra es la Lima de costa árida más algunos oasis paradisiacos, un desierto en el que antes de la llegada de los peninsulares habían ramaditas para la vivienda de los naturales de la región.

Pintores como Rugendas, Angrand han pintado escenas limeñas del virreinato y el primer siglo de la vida republicana, a las que se añadirán las imágenes costumbristas de Pancho Fierro.

Lastarria llegó a decir que Lima lo cautivaba porque la sentía como una ciudad pletórica de misterios, ocasionados por las celosías de sus ventanas, de las que José Gálvez dirá que ocultaban la tendencia del limeño al raje y al figoneo. Mirar tras la celosía ocultándose en el anonimato era un rasgo de esta ciudad que se ocultaba tras un tul, en un caso un tul de niebla con sus nubes bajas y en otro caso tras una celosía.

Don Rafael Heliodoro Valle describió a Lima como la *ciudad de la luz, la niebla y el rocío*, con lo que tienen de poéticos estos calificativos sustantivados. El francés Monnier nos habla de la ciudad de una extraviada nostalgia, que tiene la bruma de lo ido, el sabor del recuerdo. Todo da para construir la imagen de una ciudad inerte, apática, con algún movimiento comercial y calles frías, neblinosas, en cuyos rincones se esconde una extraviada nostalgia, un amante perdido, un amor no correspondido, el bandurreo de una guitarra a alguna limeña tapada. Igualmente don Luis Varela y Orbegozo la sentirá como la *ciudad de la leyenda, del corazón y del alma*.

Son testimonios de ilustres viajeros y de cómo sintieron a esta ciudad, sus amores y vivencias, el alma ciudadana que repica y anida en sus calles.

Un historiador chileno imparcial él, Vicuña Mackenna⁷ admiró esta ciudad y llegó a decir que Lima era la primera ciudad de Sudamérica, y Domingo F. Sarmiento la comparó con la villa italiana de Capua, bella por su simetría, la conjunción del cielo con sus suelos, y su gente, lo pequeño de su antropometría, lo cálido de sus rincones y el misterio que emanaba de ellos.

Waldo Frank nos dirá a inicios del siglo XX que la limeña tiene facciones de Asia, África y Europa y Paul Morand, otro cronista célebre, describirá a Lima como una ciudad oriental de casas con terrazas y miradores, bulevares floridos, de toldos árabes.

Un romántico integral a diferencia de Ricardo Palma, que fue un romántico pero liberal de pensamiento y de acción política, fue José Gálvez quien endiosa la ciudad en "Una Lima que se va" y "Las calles de Lima y los meses del año" describiendo una ciudad que al igual que Monnier, Lastarria, Varela encerraba la identidad en sus esquinas, sus rincones, los balcones, las celosías, los ojos de sus mujeres, su caminar y gracejo, su cintura de avispa, su pie pequeño. Aquella que derramaba lisura, gracia que no es lo mismo que decir lisuras. Era una ciudad que derramaba salero y trapío para usar términos de la tauromaquia tan ligada a esta Lima aristocrática que se iba yendo ante la vista de los que la habían endiosado.

José Carlos Mariátegui, moqueguano y limeño por adopción nos dice que: "La nostalgia del pasado es la afirmación de los que repudian el presente. Ser retrospectivos es una de las

⁷ Vicuña Mackenna Benjamín, "Lima en 1810". En *Pequeña antología de Lima*. Lima, 1965, páginas 248 a 255.

consecuencias naturales de ser negativos. Podría decirse, pues, que la gente peruana es melancólica porque es pasadista y es pasadista porque es melancólica... Las preocupaciones de otros pueblos son más o menos futuristas. Las del nuestro resultan casi siempre tácita o explícitamente pasadistas... El amor al virreinato le parece a nuestra gente un sentimiento distinguido, aristocrático, elegante...añorar, con inefable y huachafa ternura, ese pasado postizo y mediocre...El fausto, la pompa colonial son una mentira... Sus vestigios son insignificantes... Adorar, divinizar, cantar el virreinato es, pues, una actitud de mal gusto...una cursilería lamentable... Aquí, debemos convencernos sensatamente de que cualquiera de los modernos y prosaicos *buildings* de la ciudad, vale, estética y prácticamente, más que todos los solares y todas las celosías coloniales. La "Lima que se va" no tiene ningún valor serio, ningún perfume poético, aunque Gálvez se esfuerce por demostrarnos, elocuentemente, lo contrario. Lo lamentable no es que esa Lima se vaya, sino que no se haya ido más de prisa... Un pueblo fuerte, una gran generación robusta no son nunca plañidamente nostálgicos, no son nunca retrospectivos. Sienten, plenamente, fecundamente, las emociones de su época..."⁸

El gran limeñólogo, natural de Pisco pero amante de Lima, Raúl Porras Barrenechea⁹ pide que le dejen el río, el puente y la alameda, es decir, el sabor de la vida colonial simbolizado en el rumor del río, el puente sea el de criznejas o el de piedra y la alameda por la que paseaban los habitantes.

8 Mariátegui José Carlos, "Pasadismo y futuro". En *Peruanicemos al Perú*, tomo 11 de sus Obras Completas, Empresa Editora Amauta, primera edición, Lima-Perú, 1970, páginas 20 a 24.

9 Porras Barrenechea Raúl, "El río, el puente y la alameda". En *Pequeña antología de Lima*, 1965. Publicación N° 2 del Instituto Raúl Porras Barrenechea (2da edición de la de 1935 aumentada con este artículo), página 361.

Tal vez Chabuca Granda, apurimeña ella, capta de él la inspiración para escribir ese bello vals limeño, que es “La Flor de la Canela” en la década del 50 del siglo pasado, flor de limeñidad, de acequias rumorosas, de jazmines en el pelo y rosas en la cara. Algunos la criticarán acusándola de haber hecho seguidismo a la leyenda narcisista, en una Lima eminentemente chola, mestiza. “Déjame que te cuente, limeño, déjame que te diga la gloria, el ensueño que evoca la memoria, del viejo puente del río y la Alameda”.

Era una Lima de misterios pero habladora como son los limeños, puritana y mundana; ella manda y le hace creer al marido que es el que manda, como afirmaba Tadeo Haenke en un duro golpe al machismo sempiterno¹⁰.

Ya en el primer cuarto del siglo XX, fundado el famoso café Palais Concert, así en francés, en esta etapa de afrancesamiento en la que Haussmann había remodelado París y manifestar finura y buen gusto era sinónimo de ser francés, el café se llenaba con lo mejor de la ciudad. Le Tout Lima se arrellanaba en sus sillones, mientras damas vieneses tocaban en el violín los mejores vales de Johan y Richard Strauss, “El murciélago”, “Tú y tú”, el “Danubio azul” y demás piezas europeas.

El eurocentrismo era marcado en esta ciudad y país dominado por las corrientes intelectuales, de pensamiento y artísticas que venían de Europa. Se dice que un literato que tuviera poca vida dijera que “El Perú era Lima, Lima el Jirón de la Unión y el Jirón el Palais Concert”. En realidad, nunca dijo lo que se dijo que dijo, pero quedó para la historia de los chismosos, rasgo común a los limeños y fue un modo de escenificar verbalmente

10 Ver Bauzá Felipe o Haenke Tadeo, “Carácter, genio y costumbres de los limeños” (1790). En *El Perú visto por viajeros*, Tomo I. Prólogo, recopilación y selección por Estuardo Núñez, Ediciones PEISA, Lima-Perú 1973, páginas 31 a 47.

en una Lima muy pequeña, casi una aldea a entender de Luis Alberto Sánchez que Lima era cuna del chismorreo y sobre todo sede del centralismo asfixiante sobre todo el país.

Sánchez en sus novelas cortas¹¹ como en "Perú, retrato de un país adolescente" nos dice que Lima era una Dalila seductora y que era una ciudad de "rositas de novia" y que "huele a jazmines", constituyendo también parte de esta leyenda narcisista sobre la capital peruana, si bien añade que era una ciudad que se había quedado eternamente adolescente, es decir, una ciudad que no maduraba, que era entre niña y adulta, rebelde y adolescente, entre levantisca y adormilada.

Muchos más conservadores y pasadistas, decididamente hijos de la colonia de la que no quisieran haber salido nunca son Manuel Solari Swayne "Señó Manué", don Ernesto Ascher, Emilio Hart-Terré, Juan Manuel Ugarte Eléspuru, Felipe Buendía que viven y alimentan esta tradición que endiosa a Lima reculando al virreinato y no aceptando la Lima republicana, que de todos modos, no cambió del todo, ya que siguió, a entender de don Ricardo Palma igual que antes, solo que sin virreyes¹².

José Carlos Mariátegui sustenta en *Siete ensayos de interpretación de la realidad nacional* que la República se inauguró sin un modelo alternativo al colonial, sin una imagen nueva del país y de Lima. Nuestros criollos, líderes del grito libertario, carecieron de un proyecto nacional dejando las tareas vitales

11 Sánchez Luis Alberto, "Los burgueses", "Los señores", "Los redentores", "Los revoltosos" son novelas cortas editados por Mosca Azul editores, década del 90 del siglo XX. *Perú: retrato de un país adolescente* (1958), Ediciones PEISA, 1973, página 89.

12 Palma Ricardo, "El baile de la Victoria" (Reminiscencias) (1853). En *Tradiciones Peruanas Completas*, edición y prólogo de Edith Palma. Ediciones Aguilar, Madrid 1964, páginas 1124 a 1130.

inconclusas y en otros casos sin empezar. La República no se instaló pues tras una revolución democrático-burguesa que expulsara y aniquilara al feudalismo sino que mantuvo el andamiaje feudal y dejó irresolutas tareas que hasta ahora están pendientes. Las masas no fueron protagonistas sino mantenidas en la retaguardia o lanzadas como carne de cañón. Fue un cambio presidido por capas criollas antihispanas pero sin una plataforma programática mayor, más un cambio de forma que de fondo. Nuestros criollos, líderes del movimiento libertario, carecieron del espíritu emprendedor que caracterizó a los empresarios ingleses y franceses.

Ello explica que desde entonces en nuestra sociedad hayan convivido costumbres y hábitos feudales y capitalistas habiendo sido esta alianza la hegemónica en el aparato estatal hasta hace pocos años. Este híbrido está a la base de la identidad limeña entre lo amante de lo hispano y de lo británico, francés o global hoy. Nuestra clase capitalista sumisa a las grandes empresas transnacionales conserva hacia el interior costumbres oligárquico-feudales, a las que se ha encargado de asignarles un alto status: cría de caballos de paso, pelea de gallos, corrida de toros. Estas han sido legitimadas como usos de la alta clase, de grandes señores entremezclándolos con la sofisticación del *surfing*, del motocross, carrera de carros, camionetas 4x4, viajes a Miami. La dualidad estructural explica además el escepticismo nacional, la malagua limeña, el sarcasmo criollo que todo lo hace motivo de chanza, lo criollo como un entrecruce de lo burlón, lo sentimental y lo serio. Explicará el que los proyectos nacionales se queden a medias en el Perú, la sorna a los intentos de transformar las cosas, la fe en el cambio social matizada de incredulidad.

Chabuca Granda, a mediados del XX nos describirá esta ciudad colonial que se resistía al cambio social del aluvión andino que ya la había desbordado. Lo hará recordando su pasado

fetichizador y hechizador en sus canciones “La flor de la canela”, “José Antonio”, “Fina estampa”, describiéndonos esa Lima aristocrática, de antaño en pleno época de eclosión del cambio social.

Alicia Maguiña en la década del 50 del siglo pasado narrará el paso de los ambulantes pregoneros por la ciudad descritos por Palma en su tradición “Con días y ollas venceremos”¹³. Nos deja el vals “Viva el Perú y sereno” que narra la sucesión de pregoneros que iban de la Lima plebeya a la Lima aristocrática y la comunicaban a partir de la actividad comercial. Abajo el Puente era la zona de servicios de la Lima señorial. Desde las seis de la mañana la lechera integraba a la ciudad desfilando después la chichera, la tisanera y un conjunto de vendedores ambulantes todo el día. Estos vendedores con sus pregones eran los que daban la hora en la Lima de antaño. A las diez de la noche, se acostaba la ciudad sin luces y el sereno del barrio cantaba cada sesenta minutos entre pitazo y punteo “Ave María Purísima. Las diez han dado. ¡Viva el Perú y sereno!”

Esa visión iba a contracorriente de la Lima de Abajo el Puente, de los Barrios Altos en donde los artesanos, los de abajo, construían a fines del siglo XIX e inicios del XX el vals criollo, una cultura criolla, jaranera que inmortalizara Montes y Manrique o el gran bardo criollo Luis Felipe Pinglo, de fina prosa y poesía, que tomó partido, al igual que don Ricardo Palma por el mundo popular. Nada de “José Antonio” y su caballo de paso, sino que describió el drama de los pobres, del canillita, el vendedor de periódicos como el vendedor de la lotería, de la fritanguita y los ricos picarones en una Lima pequeña y bullanguera, o Jacobo el leñador, “Mendicidad”, “De vuelta al barrio” o la Lima de “El plebeyo” en donde sostiene que “Mi sangre aunque plebeya

13 Palma Ricardo, “Con días y ollas venceremos” (1821). En *Tradiciones Peruanas Completas*, ob. ant. cit., páginas 958-962.

también tiñe de rojo”, él enamorado de una aristócrata, de la que es alejado por las insondables desigualdades y diferencias sociales en una Lima muy segmentada socialmente desde siempre hasta ahora. “Mi sangre aunque plebeya también tiñe de rojo” iguala al conjunto de clases, etnias y agrupaciones limeñas. Nada de sangre azul y Pinglo enrostra al Hacedor las fallas en la creación: “¿Señor, ¿Por qué los seres no son, de igual valor?” Hermosa moralina y moraleja del vals criollo “El plebeyo”, flor de canciones, himno inmortal del mundo criollo popular.

Pinglo al igual que Ricardo Palma retrata el alma popular que critica a la aristocracia de su tiempo. Palma, a falta de una burguesía que lanzara un proyecto nacional que incluyera al conjunto de clases sociales, prefiere demoler a la aristocracia en base a la burla, el raje, la sátira y ese es el mundo en el que se mueve Palma como Pinglo que es más bien poeta y autor musical de canciones de hermosa letra con hondo contenido social y gran espíritu de denuncia.

Pinglo no le cantó a la Lima virreinal, lo que sí han hecho una serie de valeses y compositores criollos marcadamente conservadores que han encontrada la Arcadia en los valores coloniales viviendo de espaldas a la realidad en un Perú que cambiaba aceleradamente tras la Segunda Guerra Mundial. Han preferido, antes de aceptar la existencia de un Perú y una Lima globales y modernas con su condimento cholo, recular al pasado siendo la suya una reacción a la acción contemporánea. No sólo son conservadores sino reaccionarios, lo que no encontramos en Ricardo Palma que es moderno y ambiciona un mundo diferente, si bien le es imposible lograrlo.

Mientras los conservadores exaltan a la Lima virreinal, Palma la satiriza. Tampoco le canta a la segregación. Su obra antecede a la novela histórica creando ese género nuevo que serán las

tradiciones, las que en base a su pluma condimentará los hechos reales con una pizca de humor.

Si Chabuca Granda ensalzaba a “José Antonio” y su “Fina estampa” en los años 50, Mario Cavagnaro incluía la jerga y la replana de la calle en los vales criollos. Así aparecieron descripciones satíricas, críticas y sabrosas de la Lima tal cual es vista desde el ángulo popular. La lucha de clases en el amor es descrita ya no en “El plebeyo” sino en “Yo la quería patita” y destaca el espíritu burlón, dicharachero, satírico, mordaz de “Carretas, aquí es el tono” o “La jarana de Colón”, en las que la jerga o replana emerge como un segundo modo de hablar el castellano, lejos de la academia y de convencionalismos sociales. Así, “La jarana de Colón” inventa un hecho a partir de sucesos reales:

Cuando Cristóbal Colón
entró en Lima bendita
escuchó una jaranita
que allá en Abajo el Puente se armó.
Dijo tierra americana
soy el que pisa primero
y para quedarse en Lima
quemó sus tres carabelas.

El mundo extranjero es seducido por las costumbres locales y lo deja todo (“quemar sus carabelas”). Esa es la fuerza hechizadora de esta ciudad.

La leyenda negra sobre Lima

Desde el indio Concolorcorvo, que firmaba con ese nombre, pasan a la historia una serie de autores que denigran a Lima adjudicándole la autoría de todos los males nacionales, asunto

que Palma no compartió en absoluto, ya que sin endiosar ni fetichizar a la capital sencillamente la describió. De este modo, con fina ironía, prácticamente ha escrito la crónica histórica de más de cuatro centurias peruanas caricaturizando principalmente a la nobleza colonial y toda su parafernalia. Su obra expresa el espíritu criollo y a la mesocracia de una Lima republicana que, ante la ausencia de una burguesía revolucionaria e incapaz de convertirse en tal clase, resolvió su conflicto y su rebeldía en alguna asonada y centralmente en el chiste, el chisme y la murmuración. Son los de abajo que se ríen de los de arriba y así van erosionando los cimientos de su dominación.

Es una posición contraria a la aristocracia, opción que no entendió don Manuel González Prada, en un mundo en que ésta retomaba las riendas del Estado tras las guerras independentistas, a falta de una burguesía que planteara una imagen de modernidad para el conjunto de la sociedad peruana y las tareas democrático burguesas consiguientes.

Frente a una ideología urbana impuesta por la aristocracia, Palma prefirió entrar en los intrínquilis del mundo de la nobleza precisamente para hacerla leña. Es pues un romántico en el sentido de que ama a su país, ama a Lima pero es demoledor en su construcción literaria, es liberal por cuanto toma partido por las ideas de libertad y sus opiniones no son retardatarias, conservadoras sino que permiten hacer avanzar a la sociedad y no involucionar.

Es liberal, además porque Palma identifica sus tradiciones centralmente en el mundo popular. Toda la perspectiva de su obra está ligada con la gente del pueblo, aquella que se anunciaba con sus pregones y llegaba con sus productos a la Lima aristocrática a vender. Ricardo Palma no está, pues, ni en la orilla narcisista, endiosador de la ciudad ni en la afirmación de que Lima encarna todos los males nacionales.

En la línea de la leyenda negra, sí estará Terralla en su texto “Lima por dentro y por fuera”, importante descripción de la ciudad. El mismo sabio Hipólito Unanue, médico y fundador de *El Mercurio Peruano* y de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, muy influenciado por las vertientes geografistas de análisis social que atribuían al entorno ambiental gran parte de la causalidad de los hechos, las costumbres y las personalidades, dirá que dado el clima malaguoso de Lima, una ciudad que dormitaba la mitad del año y se despertaba la otra mitad: “En Lima hasta los bacilos se acojudan”. Explica así que no hubiera grandes plagas en la ciudad y que el clima explicaría la apatía y la pereza limeñas, lo que constituye parte o una parte del entendimiento de la ciudad. Esa apatía sería producto del grado de inversión térmico, de las nubes bajas. Lo geo-psicológico determinando el humor de la ciudad.

Otros, como el gran escritor de *Moby Dick*, Herman Melville, llegó a estas tierras de noche y por la mañana queriendo conocer a la ciudad abrió su balcón y fue tal el impacto de la alta nubosidad que el escritor se desmayó y ya restablecido juró no volver a Lima, de la que apostrofa en su célebre novela.

Siempre ha tenido la capital peruana una alta humedad que hace que sea habitada por reumáticos, agripados, asmáticos y que su alto grado de inversión térmico impida ver más allá de nuestras narices por su alta nubosidad, diferente al cielo serrano y al selvático, de un azul límpido.

El Barón Eugenio de Sartiges, como Radiguet¹⁴, observan asombrados la unión de todos los estamentos sociales en plazas

14 Sartiges Eugenio de, *Lima* (1834). Editado por el Municipio de Lima Metropolitana y el Instituto de Historia Andina. Lima, 1984. Radiguet, “La entrada a Lima” (1844) en *Viajeros*. Festival de Lima. IX Edición Antológica, 1959.

y mercados como centralmente en los cementerios. Definen a la pereza como la ley de la vida limeña, la que oscila entre el carácter pacífico y apático al levantisco, montonero, revoltoso. La ciudad dormitaba muchas horas, días, meses y súbitamente en cualquier momento saltaba a la revolución, al “cierra puertas” ante el paso de los ejércitos rebeldes, el toque a zafarrancho, amotinamiento, rebelión.

Radiguet encuentra la capital sudamericana en la que perviven con mayor fuerza las costumbres arcaicas y la arquitectura pasadista. Ambos perciben asombrados a un pueblo que entre revuelta y revuelta, entre caos y anarquía, celebra sus fiestas; observan a una población viva y espiritual, vital y depresiva, de anchas oscilaciones temperamentales, que dividía su tiempo entre agitaciones políticas y frívolos placeres y que pasaba con gran facilidad del entusiasmo a la depresión, de la desmoralización a los efluvios colectivos.

En días de fiesta la población, al margen de las diferencias sociales, se concentraba en la Plaza de Armas. Tapadas, oficiales, monjes, sorteros, vendedores, cholos e indios celebraban con gran júbilo y colorido sus fiestas. Como si el virreinato resucitara emergían en plena república las tapadas con sus infaltables clérigos conservadores y los cirios piropedores; negros vendedores de Abajo el Puente, comerciantes con sus cajones adosados a Palacio de gobierno, mestizos e indios con trajes a todo color y dispuestos a cualquier bacanal. Destacaba la tapada de saya y manto, que hizo que su misterio, originalmente concebido para resguardar la castidad y los celos, se convirtiera en un consagrador de la libertad de las mujeres. Todo llevó a justificar el dicho peruano: “Lima, paraíso de mujeres, purgatorio de hombres, infierno de borricos”.

Humboldt nos dirá que “En Lima mismo no he aprendido nada del Perú. Allí nunca se trata de algún objeto relativo a la

felicidad pública del reino. Lima está más separada del Perú que Londres, y aunque en ninguna parte de la América española se peca por demasiado patriotismo, no conozco otra en la cual este sentimiento sea más apagado. Un egoísmo frío gobierna a todos, y lo que no sufre uno mismo, no da cuidado el otro...”¹⁵. Descripción exacta del centralismo limeño más interesado en su comunicación con otros países que con las regiones de su propio territorio. Urbe de escaso patriotismo y de solidaridad menguada entre sus habitantes.

El poeta César Moro dirá de Lima que es horrible. De él tomará el literato Sebastián Salazar Bondy la caracterización de la ciudad y titulará como “Lima la horrible” el principal texto ensayístico sobre la ciudad. Ya no se tratará de “Pobres gentes de París”, “Las botellas y los hombres” sino que Salazar Bondy, un hombre amante de la ciudad, de sus cafés, un fino y profundo pensador, se referirá centralmente a su gente, ambivalente, entre feudal con espíritu servil y moderno capitalista. Hace alusión al tul de niebla que limita nuestro horizonte, hace irreal a las cosas más rotundas, convirtiéndose en somnífero y sedante de la vigilia y su carga vital.

Juan de Arona nos dice poéticamente que Lima es “un dulce malestar de enero a enero y un estarse muriendo todo el año”. El moqueguano Juan Gonzalo Rose no precisamente favorece al clima de la capital cuando adoptado por Lima nos dice en *Nata Natal*:

Yo te perdono Lima
el haberme parido
en un quieto verano
de abanico y moscas...

15 Von Humboldt Alejandro, “Recuerdo de una estada en Lima” (1802). En *El Perú visto por viajeros*, Tomo I, ob. ant. cit., páginas 47 a 51.

El poeta cusqueño Washington Delgado describe Lima como humo, Lima la gris en “En los Laberintos”:

En los laberintos de las ciudades no se sabe
donde está el sur, dónde
está el norte.....
Y es inútil abrir la boca: nadie
se libra del humo que le incendia el alma
en los laberintos de las ciudades.

El poeta Jorge Eielson, quien vivió en París los últimos cincuenta años de su vida, siente a Lima como un cementerio, ciudad de seres desvitalizados, cadáveres vivos y el poeta Carlos Germán Belli la poetiza en algún momento como un cepo. Por su parte, el poeta Antonio Cisneros siente a Lima como una ciudad mongólica, con síndrome de Dawn. Por ello mezclamos en nuestra relación con la capital peruana sentimientos de amor y odio, entreverados en nuestros corazones. Abelardo Sánchez León en algunos versos allá por los años 80 y 90 cuando se daban los apagones por efectos del terrorismo y la carencia de agua, decía que Lima era una ciudad frustrante.

A su vez, el poeta Cesáreo “Chacho” Martínez, de Cotahuasi, Arequipa, en el poemario que considero emblemático sobre su relación con Lima titulado “El sordo cantar de Lima” nos recuerda al ser humano que “...ha perdido su centro y vaga en los páramos de las márgenes buscando su identidad: la condición de millones de peruanos que no encajan en un orden establecido...”. De su poema “Tierra de éxodo”:

Desde Puno en llamas,
hacia Arequipa o Lima,
descendemos a la noche.

Otro poeta nacido fuera de esta ciudad, Domingo de Ramos, natural de Ica, del grupo Kloaka, nos dice en su poemario *Arquitectura del espanto*, en el poema "La fresca tarde de mayo":

...recorriendo en la memoria los sitios angustiados de
nuestra niñez
Aquel barrio oscuro de las fábricas
de donde salen rostros ahumados
rumbo a las casas destartadas por el viento
llenas de aliento de sueños palpitando
sobre catres que rechinan de tanta soledad
y tu asma azul y tu asma azul.

Sigue Domingo de Ramos en la página 35 de *Arquitectura del espanto*, en el poema "Caída de un adolescente":

Vamos, levántate tomemos esta calle siempre al sur siempre
mientras la policía orienta sus sabuesos a otra calle
te invitaré un café para el frío.
Si quieres un paseo a las doce en la avenida Pachacútec
O a esta casa donde los muertos resplandecen como un cielo.

¿Qué es Lima para Domingo de Ramos sino un "eterno polvo sin entierro...". Y este poeta iqueño radicado en Lima retrata la Lima chola páginas 43-44 poetizando

toda la cerveza mientras bailaba chicha con su chica
en un cortamontes de donde pendían...
...pero Huamán Poma fue torturado...

Conclusiones

Todos han opinado sobre Lima, sean nacidos o no en sus suelos, suscitando visiones encontradas con esta ciudad. El

desborde popular de posguerra, esa extensa migración andina hacia la faja costera que hizo que se litoralizara la población del país en la costa y centralmente en Lima dejó de lado las tradiciones narcisistas, las que no significaban nada para los migrantes llevándose de encuentro nociones aristocráticas segregacionistas del país como aquella de plantear una “Ciudad jardín” inexistente o una “Perla del Pacífico” o un “limeño de pura cepa” o “mazamorrero”, entelequias para justificar la separación con el resto del país.

Se reveló que toda la leyenda narcisista es la ideología propia de una ciudad pequeña, casi una aldea excluyente, de un habitante que se considera auténtico y diferente del resto al que considera inferior. La leyenda narcisista de Lima no ha sido la ideología emanada de una burguesía moderna la que siempre buscará aumentar sus límites sino de una aristocracia conservadora, discriminadora.

Hoy en Lima hay globalidad como carácter cholo al migrar los andinos, los que al fusionar su cultura con la urbana generan la cultura chola. Lo moderno será siempre abierto al cambio, será lo secular. Esta Lima de hoy, de todas las sangres, arguediana hasta la médula y tremendamente globalizada es cosmopolita, global y mestiza.

En esta Lima, don Ricardo Palma, si seguimos su secuencia de vida, es probable que hubiera optado por el lado popular de la ciudad para sentirse a gusto, disfrutando de sus personajes y cuestionando lo conservador, lo arcaico. Habría apostado por un futuro integrador, inclusivo de todas las clases sociales, etnias y razas. En su obra, los de abajo se habrían mofado de los de arriba destruyendo sus cimientos de dominación.

Frente a una ideología urbana impuesta por la aristocracia, Palma prefirió entrar en los intrínquilis del mundo de la nobleza

precisamente para hacerla leña. Es pues un romántico en el sentido de que ama a su país, ama a Lima pero es demoledor en su construcción literaria, es liberal por cuanto toma partido por las ideas de libertad y sus opiniones no son retardatarias, conservadoras sino que permiten hacer avanzar a la sociedad hacia adelante y no involucionar.

Es liberal, además, porque Palma identifica sus tradiciones fundamentalmente con el mundo popular. Toda la perspectiva de la obra de Palma está identificada con la gente del pueblo de su ciudad natal.

Esta Lima mestiza de antes y de hoy resuelve las oposiciones que en términos de su identidad complican la existencia de la capital peruana, tanto de aquellos que la han endiosado como de aquellos que la han satanizado.

Ricardo Palma está por encima de estos dos tipos de imágenes sobre Lima.